

Transeúntes

Hay viajes a lo extraño a la vuelta de cualquier esquina. En *Un recorrido por los monumentos de Passaic, Nueva Jersey* (Ed. Gustavo Gili), Robert Smithson no acude a lo desconocido, sino que construye su paseo turístico por un aparentemente anodino paisaje del extrarradio de su ciudad, en la que se crió de niño. Un viejo puente de hierro, un riachuelo o una caja de arena en un parque infantil se convierten en lugares de la memoria cargados de emociones presentes y evocadas: "Cuando atravesé el puente, era como si caminara sobre una fotografía enorme hecha de madera y acero y, debajo, el río existía como una película enorme que no mostraba más que una imagen continua en blanco".

Un forastero de visita como Manuel Delgado, (*El animal público*), profesor barcelonés de Antropología que recientemente participó en el Taller de Arte Público que coordina Rogelio López Cuenca en el CAC, fue el que se aventuró. Recorrió a pie la distancia que separa el aeropuerto del centro de la ciudad, cambiando quince minutos de taxi por tres horas de safari a pie por las escombreras del Guadalhorce, los californianos polígonos industriales que cercan el río, los casi telúricos bloques de edificios de Nuevo San Andrés o las interminables avenidas de Huelin. "Esto es lo contrario de la ruina romántica, porque los edificios no caen en ruinas después de haberse construido, sino que alcanzan el estado de ruina antes de construirse".

En estos días, en *Cabeza de perro* (Santi Amadeo, 2006) aparece un joven lleno de deseos y perdido en/por la gran ciudad, que en la escena más impresionante de la película sale a la profunda garganta de la Gran Vía madrileña desde una calle lateral. La misma sensación panorámica y vertiginosa puede disfrutar cualquier espectador -oh tú, mi paseante, mi hermano-, cuando salga del cine, si se fija un poco. A pasear, que Málaga es Nueva Jersey, más o menos.

Fernando Jiménez

Una sonrisa sin Gato

El punk embiste de nuevo. "La rebelión de los no creyentes contra los descreídos" así definió Tristan Tzara el dadaísmo. El movimiento punk es el dadá musical; la rebelión del ruido rabioso contra los rebeldes ricos del rock. Nació en los suburbios de Londres y Nueva York, hecha por jóvenes que no se identificaban con las lejanas estrellas del rock. Fue Malcolm McLaren, mánager de los New York Dolls y de los Sex Pistols, quien consiguió canalizar toda esa energía bruta en una máquina anti-sistema, sumamente eficaz y rentable. Como el dadaísmo, el punk fue poderoso y efímero: "Doce voces gritaban enfurecidas, y eran todas iguales. No había duda de la transformación ocurrida en la cara de los cerdos. Los animales, asombrados, pasaron su mirada del cerdo al hombre, y del hombre al cerdo; y, nuevamente del cerdo al hombre; pero ya era imposible distinguir quién era uno y quién era otro", así concluye *Rebelión en la Granja*: así acabó el punk. Y sin embargo, ha vuelto. Veremos qué pasa.

Hacer cine de palabras en el país del cine a gritos; Tom DiCillo en los Estados Unidos. Un artesano en La Gran Fábrica del Espectáculo. Cine sin explosiones ni efectos informáticos, que explora los afectos y defectos de ser humano y del ser humano. Una trayectoria constante, con películas buenas y regulares, equivocándose porque quiere acertar, acertando porque no le importa equivocarse: *Living in Oblivion*, *Box of Moon Light*, *The Real Blonde...* es el turno de Delirious, Concha de Plata al mejor director y premio del jurado al mejor guión, en el 54 Festival de Cine de San Sebastián. La Industria Enorme presta sus estrellas a DiCillo, éste les da prestigio, aprovecha su talento. Sin grandes productoras, no habría directores independientes; sin directores independientes, habría productoras, pero no cine. Por una vez, todos contentos, hasta el espectador.

"He visto muchísimas veces un gato sin sonrisa, ipero una sonrisa sin gato! ¡Es la cosa más rara que he visto en toda mi vida!", decía Alicia en el País de las Maravillas. Las paradojas son divertidas; la risa es imprescindible.

Augusto López